

POR LA INTEGRACION DEL CENTRO

La decisión del Consejo político de Unión de Centro Democrático por la que se requiere a los partidos que forman parte de ella su disolución en un cortísimo espacio de tiempo es, en mi opinión, una buena noticia y no sólo para el presidente Suárez y sus colaboradores más inmediatos, sino, con toda probabilidad, también para la propia democracia española, necesitada en los momentos de su primera singladura de grandes opciones y de claridad y decisión en los planteamientos.

Unión de Centro Democrático nació, como proyecto originario, en el seno de la oposición, y más concretamente de aquel sector de la misma que ni deseaba un continuismo del régimen desaparecido ni tampoco contactos excesivamente estrechos con la izquierda marxista. En el transcurso de su difícil gestación parece evidente que los grupos que acabaron formando parte de ella cometieron errores importantes que podrían resumirse diciendo que, lejos de lanzarse a una actuación ante las masas de españoles potenciales votantes, se embarcaron en una serie de disputas estériles a nivel de cenáculo madrileño. Por su parte, el Gobierno, cuya colaboración se hizo lógica e imprescindible a partir de determinado momento, también erró al no comprender hasta qué punto eran intensos los deseos de cambio del pueblo español; su intervención —brusca, desordenada y de última hora— dio una imagen de Centro Democrático en plena campaña electoral que, posiblemente, le hizo perder muchos votos. Así se llegó a las elecciones del 15 de junio. El actual partido gubernamental parecía un conglomerado de pequeños grupos de ideologías teóricamente contrapuestas, lo que fue aprovechado por sus contrarios para tratar de demostrar la inviabilidad de su gestión en el Poder. La realidad es que existía una identificación de base en una serie de principios fundamentales, y que ni la trayectoria biográfica de los dirigentes ni la concreción programática de los ideales establecía un obstáculo insalvable para una colaboración más estrecha. Sin embargo, todavía existía la posibilidad de que el centro engendrara más de una opción política, en cuyo caso hubiéramos podido tener un sistema de partidos con un consenso muy estrecho, semejante al de otros países de Europa occidental que practican desde décadas el sistema democrático.

Las elecciones del 15 de junio hicieron desvanecerse esta posibilidad. El Centro Democrático obtuvo un número de votos insuficiente como para engendrar dos o más opciones políticas, y el P. S. O. E. consiguió capitalizar en su favor muchos de los votos que, en

pura lógica, hubieran podido ir a una Social Democracia de la que muchos de los dirigentes socialistas se decían muy alejados. Hoy y ahora tenemos, pues, en España un sistema de partidos en gestación, con un consenso bastante distante del de las democracias europeas, aunque todo hace pensar que, como de hecho ya viene produciéndose desde hace algunas semanas, las posiciones tenderán a acercarse. En todo caso parece evidente que quienes hacen un partido son ante todo los electores, y éstos, lejos de enfrascarse en las pequeñas discusiones de la clase política, han optado claramente por una serie de opciones que son precisamente las que el 15 de junio obtuvieron más votos.

A estas alturas, ¿para qué servían los partidos que forman parte de U. C. D.? La triste realidad es que para nada; eran lo que, por emplear una expresión utilizada por Ortega respecto de los liberales de su época, podría denominarse como un estorbo nacional. Su mera existencia impedía que naciera un gran partido y daba la sensación de que fuera más importante, por ejemplo, disponer en Madrid de una docena de Consejos políticos de diferentes organizaciones, destinados ante todo a despotricar cada uno de ellos del resto, que una organización realmente funcional por barrios. Pero, además, como constantemente la Prensa se hacía eco de todas estas disputas, los partidos de U. C. D. bordeaban el camino de convertirse —como el propio Ortega dijo también de los liberales de su época— no ya en un estorbo, sino en una vergüenza nacional. Nadie parecía darse cuenta, quizá precisamente por estar en la etapa inaugural de una democracia, de que muchos partidos estables de las democracias occidentales nacieron en su día de la acumulación y vertebración de tendencias distintas; baste con citar los casos del C. O. P. E. I. venezolano o de la C. D. U. alemana por referirse sólo a partidos democristianos. Nadie, en definitiva, parecía muy interesado en conocer la opinión de quien, como es natural, debería haber sido el primer elemento a tener en consideración: el elector centrista, desorientado y confuso ante el futuro más inmediato.

Ahora, con la asunción por parte del presidente del Gobierno de la conciencia de la necesidad de vertebrar su propio partido y con la inmediata disolución de sus sectores componentes, se inicia el buen camino. Supongo que habrá muchos a quienes la decisión disolutiva les resultará muy dura. Yo les pediría simplemente que miraran a su alrededor y, con toda seguridad, acabarían por darse cuenta de que ni una solución democristiana, ni una liberal o socialdemócrata, con carácter independiente, son viables en España, y que el electorado centrista exige, incluso con angustia, la puesta en marcha inmediata de una solución unitaria. Es hora ya de la competitividad entre los sectores y personalidades centristas en la acción y no en la conspiración.

Pero para que, como yo espero y deseo, acabe fraguando U. C. D. como partido unitario es necesario, desde la más alta cúspide, en estos delicados momentos, una actitud de generosidad y concordia. De la disolución no tiene que resultar nadie con conciencia de vencido, y no ha de servir simplemente para situar en condiciones óptimas a los ya más próximos al Poder; la democracia interna es un requisito imprescindible y se ha de dar a cada sector el papel y la relevancia que tiene. Con esta actitud acabará por ser viable lo que, de manera cada vez más perentoria, se impone como una exigencia nacional.—Javier TOSCA.